LA ÉPOCA DE LOS ENCICLOPEDISTAS

De Sade y el sadismo

EL MARQUÉS De Sade, nacido en 1740, encarna para muchos el prototipo de la aberración sexual más detestable, cruel y horrorosa. La Naturaleza lo dotó con muchos dones: era artista, músico, esgrimista, pero nadie lo superó en el dominio de la imaginación. Se afirmó siendo todavía estudiante secundario. Al ser amenazado con el despojo de la herencia, viose obligado a casarse con la hermana de la mujer que amaba. Algunos creen que este casamiento forzado lo llevó a sus prácticas monstruosas. Su esposa lo amaba a pesar de sus defectos, y no lo abandonó durante sus numerosas detenciones. De Sade permaneció en total 27 años en 11 prisiones diferentes.

El caso de Rosa Keller atrajo la atención hacia él. De Sade la encontró una tarde de Pascuas, en 1768. Alta, bien constituida, parecía que deseaba prostituirse para ganar algún dinero. La llevó a una casa que poseía cerca de Arceuil, donde se encontraban otras dos cortesananas borrachas. El "divino marqués" la amenazó con la pistola para que se desnudase, le ató pies y manos, la azotó y luego le desgarró la piel. Volcó sobre sus heridas un bálsamo, la colocó en el lecho y, en compañía de las otras dos muchachas, se entregó a actos eróticos inimaginables. Rosa Keller pudo deshacerse de las ligaduras, saltó por la ventana y, alarmando a los transeúntes, éstos encontraron al marqués en extrema beodez con las otras compañeras. Al ser arrestado, De Sade se abochornó, pretextando que había hecho un gran servicio público, por haber descubierto un bálsamo que cura inmediatamente las heridas. En realidad, este efecto se produjo en Rosa Keller. Otras versiones acusan a De Sade como satánico misticador. El episodio se arregló después de seis semanas de arresto y una indemnización de cien luises.

Otro episodio que lo hizo célebre fue la orgía de Marsella (a la que algunos la sitúan en París). El “divino marqués” dio un baile en el cual se ofrecían pastillas de chocolate mezclado con cantárida, las que eran muy solicitadas por todos los visitantes. Bajo el efecto de esas pastillas, no pudieron frenarse y se emparejaron entre ellos; ni siquiera las mujeres más honestas pudieron escapar a esta furia amorosa. Se dice que al final de la orgía algunos de los invitados murieron. De cualquier manera, De Sade consideró prudente refugiarse en Italia en compañía de su cuñada, la que vegetó mucho tiempo en un convento. Juzgado en contumacia y condenado a la pena capital conjuntamente con su lacayo, la pena fue reducida, después de seis años, a una multa de 50 francos.

Detenido nuevamente en Vincennes, en Charenton y la Bastilla, De Sade recobró la libertad en mayo de 1790, merced a un decreto de la Constituyente, en pleno período revolucionario. Escribe luego comedias y publica novelas célebres, de las que reniega algunas veces. Se desempeña como terrorista y, como secretario de una sección, se ocupa también de una manera útil de los hospitales. Pronuncia asimismo un panegírico en memoria de Marat. Llega a ser sospechoso en su sección por haber salvado del patíbulo a unos parientes suyos. De nuevo es arrestado. . . Después reanudó su actividad “literaria”, que el Directorio no obstaculizó. De Sade ofreció un ejemplar de lujo de *Justine* a cada uno de los cinco directores. Empero, cuando se atrevió a aludir al Primer Cónsul (el futuro Napoleón I) y a los amigos de éste —tal como lo hizo en su novela *Zolóe y los dos acólitos*, la que no es más que un violento panfleto contra Josefina de Beauharnais y otros personajes acusados de libertinaje— De Sade fue detenido sin juicio en Bicêtre y después en Charenton, como demente. Parece que le ha gustado estar allí: organizó espectáculos, bailes y conciertos. Falleció a los 74 años de edad, tranquilo, sin sufrir enfermedad alguna, dejando un testamento digno de un ateo: pidió que sus cenizas fueran aventadas. Los discípulos de Gall, al analizar su cráneo, no encontraron nada extraordinario; estaba bien conformado, pequeño como si fuera de una mujer; las partes que indican la ternura maternal y el

amor hacia los niños estaban tan evidentes como en el cráneo de Heloísa, que fue un modelo de ternura y amor.

* * *

Por aventurada que haya sido la vida del marqués De Sade, sus obras merecen mayor atención. Escribió *Justine* o Las desdichas de la virtud; *Juliette* o Las voluptuosidades del vicio; *La Philosophie dans le Boudoir* o Los maestros libertinos; *Les crimes de l'amour* o El delirio de las pasiones; una pieza: *Oxtiern* o Las desdichas del libertinaje, etcétera, etc. Dejó también manuscritos, ocultos en las bibliotecas; por ejemplo: *Les 120 jours de Sodome* o La escuela del libertinaje. Sus novelas, si bien famosas, están prohibidas o son casi imposibles de encontrar.

El doctor Eug. Duehren publicó en 1901 un trabajo: *El marqués De Sade y su época* con abundantes documentos. En 1909 apareció una antología y bibliografía de las obras de De Sade y del sadismo, con apuntes de Guillermo Apollinaire (Bibl. des Curieux, París). El doctor Duehren muestra que los escritos de De Sade son para cualquier historiador una verdadera fuente de ciencia; de aquéllos resurge la prioridad del instinto sexual y su influencia sobre las demás relaciones humanas. "No al mismo nivel que el hambre, sino por encima de éste, el amor preside los movimientos del universo."

En sus obras, que son más bien eróticas que pornográficas, De Sade fue el primero que intentó mostrarse como un filósofo del vicio. Stirner, el autor de *El único y su propiedad* al trabajar sobre un análogo plan, espiritualizó la individualidad, mientras que De Sade espiritualizó el vicio, una "entidad" igual que la Virtud o la Naturaleza. No se puede negar que Nietzsche ha sido influenciado, hasta cierto punto, en su pensamiento por los escritos de De Sade, pese a que el *Superhombre* del primero se aleja mucho más de las leyes de la Naturaleza que el tipo presentado por el último. Nietzsche es un lírico, un neoheleno que atenúa la palabra cruda. De Sade obliga al cerebro a pensar bajo el impulso de una sensualidad brutal. Nietzsche

no se ha permitido espiritualizar el vicio: se conformaba con la bestia humana.

Para De Sade, "vicio" y "naturaleza" son términos sinónimos. El bien es la naturaleza, incesantemente opuesta a la virtud, que es el mal. La inmortalidad del alma es una quimera, un dogma anticuado que ha hecho a los hombres idiotas, hipócritas, desalmados (*Juliette*). El amor, el casamiento, la pureza sexual también serían quimeras. Las costumbres tienen que asegurar la felicidad individual. "Dejad de creer, mujeres, que estáis hechas para el placer de un solo hombre." Resultaría, pues, que la desfloración, la infidelidad conyugal constituyen actos naturales y que el casamiento es un delito. (*Philosophie dans le Boudoir*)

De Sade acepta todos los pecados condenados por la moral corriente, desde el momento que considera el vicio como buen principio de la Naturaleza. ¿El robo? La completa igualdad entre los hombres no tolera el respeto a la propiedad. "¿Es, quizá, justa la ley que manda al que nada tiene respetar al que tiene de todo?" ¿El pudor? Es un producto de la civilización. Las costumbres están corrompidas *por* la vestimenta. ¿El adulterio? Nada más absurdo que la "eternidad" de los vínculos matrimoniales. La etnología nos ofrece innumerables ejemplos. En lo que respecta al incesto, se torna inevitable en la comunidad de las mujeres. ¿La violación? Ésta hace menos daño al semejante que el hurto, afirma el "divino marqués"; el hurto se apodera de la propiedad, mientras que la violación la deteriora antes que el amor legal. ¿La sodomía? "Es una barbaridad que un individuo sea condenado por el crimen de no tener los mismos gustos que los demás." La pederastia dio coraje a los pueblos guerreros.

Pero este resumen de la filosofía de De Sade no sería completo si omitiéramos su teoría acerca del asesinato. Desde el punto de vista de la Naturaleza —se atreve a decir el marqués— el homicidio no es un crimen: no existe diferencia alguna entre el hombre, la planta y el animal. Todo se transforma. "Matar no es un crimen, porque la transformación no significa exterminación." Francia ha llegado a ser libre gracias a los asesinatos.

¿Y qué es la guerra? La ciencia de la destrucción. Los hombres aprenden públicamente el arte del asesinato, recompensan a los homicidas de enemigos “y ¡condenan, sin embargo, el asesinato (individual) como un crimen!”. Ni aun desde el punto de vista social el asesinato constituye un crimen. ¡Qué le importa a la sociedad un miembro más o menos! Nada cambiaría, aun cuando desaparecieran las tres cuartas partes de la humanidad, afirma De Sade, el que, naturalmente, es un feroz malthusiano. Toda su teoría acerca del asesinato se podría reducir a las “sublimas palabras de Luis XV dirigidas al duque de Charolais, quien mató a un hombre «por distracción»: Te perdono, pero daré la merced a quien te mataré”...

De Sade comprendió que la pedagogía es necesaria aun cuando se trate del triunfo del vicio; intentó conquistar a la juventud, destruyéndole los prejuicios infiltrados desde la niñez. Su filosofía puede, seguramente, despertar horror y disgusto, pero cabe reconocer que entre De Sade y un vulgar “pornógrafo” existe alguna distancia.

En lo que concierne a la parte descriptiva de sus novelas, abarca escenas que hacen desfilar toda clase de placeres sexuales, provocados por todos los sentidos, mediante el concurso de todos los actos anormales: exhibición, decapitación, dislocación de los huesos, antropofagia, fetichismo de los excrementos, incineración de vivientes, vampirismo, zoofilia y hasta necrofilia. El acto de crueldad precede a la voluptuosidad, y la evocación de los grandes fenómenos naturales, las reminiscencias históricas, los lugares misteriosos y la organización de grupos y acciones eróticos tienen el papel de estímulos sexuales.

¿Qué es el sadismo?

El diccionario Larousse define de esta manera el sadismo: “Lubricidad acompañada de crueldades como las que se encuentran, por ejemplo, en las novelas del marqués De Sade.” La psiquiatría no está de acuerdo con la definición de este término. La más lograda nos parece la de Thoinot: el sadismo consiste en “encontrar en un sufrimiento de grado variable (algunas

veces leve, otras veces grave o de un cruel refinamiento, provocado por propia voluntad, solo o con la ayuda de otra persona) la condición siempre necesaria y muchas veces suficiente al placer sexual”.

Krafft-Ebbing describió el sadismo como una especie de perversión sexual, por la cual determinada persona encuentra placer sexual cuando provoca sensaciones dolorosas a otros individuos. El sadismo es contrario al “masoquismo”, que significa la voluptuosidad de alguien al ser tratado de modo despótico, al ser humillado y maltratado por otro.

¿Era loco De Sade? Especialistas como Schrenk-Notzing, Krafft-Ebbing y otros reconocieron que las más repugnantes perversiones sexuales pueden coexistir con un espíritu plenamente sano. De Sade no imaginó pura y simplemente las exageraciones que describió, sino que dio prueba de ciencia exacta. No se conformó con decir que la perversión sexual en el hombre, es una simple función de sus órganos. Declaró (en *Justine*, IV), que “casi todos los excesos de desenfreno, las raras pasiones del libertinaje descritas en esta narración, que llamaron la atención tan ridícula de las autoridades, constituían, en los más remotos tiempos, juegos de nuestros antepasados, costumbres legales o ceremonias religiosas”.

Recorriendo la historia podemos observar, igual que en los trabajos de De Sade, que semejantes crímenes y horrores se llevaron, generalmente, a cabo por parte de los grandes: soberanos, nobles, jueces, señoras distinguidas, clérigos y hasta papas. Las crueldades y monstruosidades que abundan en los escritos de De Sade, ocurrieron en realidad; el autor se limitó a recopilarlas y exponerlas por cuenta de unos personajes imaginarios o disfrazados, lo que no le evitó de sufrir la prisión ni aun bajo el Primer Cónsul.

Hoy se estableció que en la época de Luis XV existieron clubes eróticos que sirvieron de modelo a la “Sociedad de los Amigos del Crimen”. El más famoso de ellos era el de los “Hermafroditas” o de la “Orden de la Felicidad”. La Sociedad de las Afroditas solía cambiar frecuentemente su sede; los varones llevaban nombre del reino mineral, mientras que las mujeres

elegían los suyos del reino vegetal. Los adeptos de la sociedad *Momento* estaban dominados por gustos estercóreos; el club de las *Anandrynas* estaba constituido solamente de safistas.

Puede, pues, decirse que De Sade no exageró y que describió, “de acuerdo con el modelo”, las costumbres de su época. Más aún: el sadismo es de todos los lugares y de todas las épocas, siendo inherente a la naturaleza humana y aun a la misma Naturaleza, en su conjunto. El instinto sádico no desaparecerá por la represión, sino mediante las reformas sociales, mediante una nueva conciencia que no despertará más pensamientos sádicos.

Las investigaciones realizadas por los memorialistas e historiadores de los siglos XIX y XX confirmaron también las “esculturas” y “pinturas” de De Sade. La mujer del siglo XVIII fue puesta por él de manifiesto bajo un aspecto licencioso, lo que reconocieron también los hermanos Goncourt. Verdaderamente, la mujer de entonces era “desvergonzada”, amoral, amando con el cerebro y no con el corazón. Su mayor placer consistía en “alegrarse por haber perdido su reputación”. Le gustaba, además, tener en sus manos los frenos del gobierno político; llegaba a los círculos más distinguidos por intermedio de la prostitución. Las *Memorias* de la señora Roland son significativas en este sentido. Las costumbres políticas favorecían la inmoralidad. La actriz Chantilly, casada con el poeta Favart, fue obligada por el gobierno francés a ser al mismo tiempo la manceba del mariscal de Sajonia. Quien pudiera investigar en los archivos del “servicio de contraespionaje”, se convencería de que semejantes costumbres perduran aún en la actualidad.

Los personajes de De Sade muestran un desprecio aplastador por la mujer. ¿Pero qué pensaban de la misma los más distinguidos pensadores franceses? Para Voltaire, “la mujer no era nada”, a pesar de que su amiga, la señora de Chatelet, le ha sido tan fiel y devota. Según Rousseau, la mujer fue creada únicamente para el placer del marido. Para Montesquieu, el varón posee fuerza y razón, mientras que la mujer no tiene más que encanto. Diderot, la contempla solamente como fuente de placeres sensuales. Los discípulos y continuadores de estos enciclopedistas —Mirabeau, Dantón, Robespierre— se opusieron, en

plena Revolución, a Condorcet y Sieyés, quienes reclamaban la emancipación "doméstica" y política de las mujeres. Para Napoleón, enterrador de la Revolución, una sola cosa no podía ser francesa: el de dejar a la mujer que hiciera lo que le pluguere.

De Sade insistió también acerca de las costumbres más que depravadas de los clérigos de su tiempo. Es sabido, desde hace mucho, que los jesuitas fueron maestros de la casuística sexual. Los trabajos de Volf y de I. C. Haremborg nos ofrecen todos los detalles al respecto. Ellos nos demuestran que los confesores jesuitas toleraban "los pecados de la galantería de la Corte y permitían a las monjas ser tocadas en todas partes por sus consoladores espirituales". En Holanda y Portugal, las mujeres jóvenes se dejaban azotar por los jesuitas con fines voluptuosos. Ricci, el último jefe de los jesuitas, escribía acerca de las viudas que no se podían casar, que "un sacerdote prudente y discreto tiene derecho de proponerle sus servicios contra las tentaciones de la carne". El sacerdote Girard (1731) fundó una institución secreta de penitencia para las mujeres, las que no se encontraban en condiciones inferiores a *Justine* y *Juliette* de De Sade.

En *La Religieuse* Diderot nos inició en las costumbres de los conventos de mujeres. "Las santas hermanas castigaban con deleite a sus discípulas." La idea de la flagelación estaba difundida; poco antes de la época del Terror existió en París un "Club de las Varillas", donde las mujeres se azotaban mutuamente "con cierta elegancia". J. A. Dulaure pone en evidencia las manifestaciones de los "convulsionarios" (últimos jansenistas), que tuvieron lugar entre los años 1727-1763 en el cementerio de San Médard, de París, alrededor del sepulcro del diácono de París, célebre por su ascetismo. Mujeres acostadas en el suelo invitaban a los espectadores a azotarlas en el vientre y no se aplacaban sino tan sólo bajo el peso de diez o doce hombres amontonados sobre ellas. El abad Becheraud bailaba para ellas el famoso "salto de carpa". Las convulsionarias pedían el "auxilio" de los jóvenes vigorosos, prefiriendo el vestido adánico y las actitudes lascivas. Esto explica los numerosos partos producidos después de las "convulsiones".

De Sade no exageró, pues, en este sentido; ni aun cuando

describió las costumbres de los nobles de los Estados italianos. Numerosos trabajos históricos (Reumont, Potter, Coletta, Helfert) confirman los escándalos en los conventos: monjas y dominicanos estaban mezclados en una bestial beatitud. Ante Carolina de Nápoles, la Mesalina "no era nada". Fernando IV, el cruel esposo de Carolina, tenía la pasión de torturar a los animales y a los hombres.

Cuando comprobó la vinculación entre el crimen y la voluptuosidad llevada al paroxismo, De Sade tuvo ya suficientes ejemplos. Paul Moreau cuenta, en *Las aberraciones del sentido genésico*, que nada era tan del agrado del conde Charolais que descargar su arma de fuego contra los transeúntes o los hojalateros que trabajaban sobre los techos. Michelet escribió de este conde que amaba a las mujeres durante la menstruación. No es necesario recordar a los doce Césares o a Gil de Rais para aclarar por qué *Justine y Juliette* están repletas de asesinatos. Este "placer de la sangre" era evidente también en el siglo XVIII, pese a su elegancia y buenas maneras. Los latrocinios, los robos, las extorsiones habían llegado entonces a su punto culminante, y ciertas ejecuciones, como la de Damiens, increíblemente horrorosa, sirvieron a algunas mujeres de estímulo sáfico (Casanova, *Memorias*).

En el auge de la Revolución Francesa, el "gusto al crimen" no tenía freno. En 1791, L'Escuyer masacró en Aviñón, con tijeras y agujas, a las aristócratas de la ciudad papal. Jourdan arrojó a hombres, mujeres y aun niños en la "torre de hielo" de Aviñón. Se encontraron allí 130 cadáveres. Deben ser recordados también los "casamientos republicanos" de J. B. Carrier, quien organizó un "serrallo" en Nantes. La guillotina y el fusilamiento no eran suficientes; se recurrió a los ahogamientos, a la "deportación vertical"; algunos barcos tenían en el fondo compuertas que se abrían repentinamente. Pero también las bandas que organizaban en el sur lo que hoy se denomina "el terror blanco", no iban en zaga a los revolucionarios, cuyos sucesores, olvidando ciertos hechos de sus "grandes antepasados", condenan con tanta ira los escritos de De Sade.

Hasta las horribles escenas de antropofagia descritas por el "divino marqués" son relatadas, no con arreglo a las costumbres

africanas, sino de acuerdo con los hechos producidos en Francia, en su tiempo. Cierta Feyé, que vivía en los Pirineos, en 1780, comía varones, mujeres, especialmente muchachas (A. Moll: *Recherches sur le libido sexualis*). En lo que respecta a los casos de antropofagia colectiva, es superfluo recordar los episodios de naufragios, la "balsa de Medusa", por ejemplo, cuando los sobrevivientes perdieron el control de su voluntad. La campaña de los soldados saboyanos contra los miembros de la iglesia valdense (en Piamonte) constituye una serie de violaciones, suplicios del cepo, crucifixiones de mujeres desnudas y bacanales; las bestias se comían los senos y otras partes del cuerpo femenino, cocidos o asados. De la misma manera procedieron los dragones de Villars, en Cévennes. En lo que se refiere a la sodomía colectiva, los soldados italianos que asediaron a Lyon en 1562, tenían alrededor de 2,000 cabras (cubiertas de terciopelo y galones dorados) no para comerlas, sino para poseerlas.

Quien lea la Biblia puede convencerse que De Sade no ha sido un precursor de los crímenes que describió. Reproducimos algunos versículos que no tienen únicamente un sentido ritual o simbólico: "...Y comerás el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos y de tus hijas que Jehová tu Dios te dio, en el cerco y en el apuro con que te angustiará tu enemigo" (*Deuteronomio*, xxviii, 53, 57). "Da acá tu hijo y comámoslo hoy, y mañana comeremos el mío"... "Cocimos pues mi hijo, y lo comimos" (2º *Reyes*, vi, 28, 29). "Entonces Manahem... abrió el vientre de todas sus preñadas" (2º *Reyes*, xv, 16). "Y cada uno hizo abominación con la mujer de su prójimo; y cada uno contaminó su nuera torpemente; y cada uno forzó en ti a su hermana, hija de su padre" (*Ezequiel*, xxii, 11). "Y respondiome (Jehová): "He aquí te doy estiércoles de bueyes en lugar de los estiércoles de hombre, y dispondrás tu pan con ellos"... (*Ezequiel*, iv, 15).

Sadismo sin De Sade

Investiguemos si la mentalidad humana, considerada desde el punto de vista del sadismo, evolucionó desde el tiempo del "divino marqués".

Prescindamos de los “elegantes” que, en Satory, con la punta del paraguas, agrandaban las heridas de los vencidos, durante la Comuna; y del cuento del jardinero, sorprendido haciendo el amor a la Venus de Milo (*L'Événement*, 4 de marzo de 1877). Pasemos al siglo siguiente. G. Anquetil demuestra en *Satanás dirige el baile*, entre otras cosas, ciertas prácticas impuestas a los soldados por los graduados de los batallones africanos o a los detenidos de los talleres de las obras públicas. A su pederastia se agregaba el asesinato a culatazos de los desdichados que no podían arrastrarse más por los caminos calcinados por el sol.

Mercure de France publicó en 1924 una novela con substracto histórico: *Bijou de Ceinture*. La acción tiene lugar en China; trátase del hijo de un mandarín al que un soldado despedaza a la vista de su padre, a quien le saca después los ojos con una astilla de madera. Luego se trata de una escuela de niños: éstos son obligados a sentarse sobre palos puntiagudos de boj, de diferentes dimensiones. Su “maestro” aclara a los curiosos: “Es un sistema progresista; de otra manera, podrían ser heridos” (por los clientes invertidos, a los cuales se les proporcionaba niños y niñas de 5-10 años). Los clientes eran oficiales europeos...

Dauphin-Meunier pone en evidencia en su libro *La Comuna húngara y los anarquistas*, cómo torturaban los oficiales húngaros a los revolucionarios: les cortaban la nariz, las orejas, les sacaban los ojos y los ahogaban en el Danubio (caso Somogyi); los castraban y ahorcaban (caso Coromi); a la señora Hamburger la pusieron sobre un horno encendido, violándola con palos de escoba. A la señora Wiesner, esposa de un comunista, le pisotearon el vientre, pese a que se encontraba en estado de gravidez.

Al relatar *L'Humanité* del 17 de julio de 1926 algunos hechos acaecidos en Siria, evidencia el caso de los campesinos llevados como rehenes por las tropas de ocupación francesas, los cuales fueron quemados vivos conjuntamente con sus asnos cargados de alimentos. Un fotograbado muestra a unos soldados españoles, quienes tenían en sus manos las cabezas recién cortadas a los revoltosos rifeños.

Henri Barbusse describió en *Los Verdugos* algunos episodios producidos en Bulgaria (1923-27). A Basilio Stamboliski, hermano del ministro, le sacaron los ojos antes de ser ultimado; el doctor Duparinov fue fusilado, después de habersele taladrado con cuchillos. A la madre de Nenov, la policía la torturó ante su hijo, para arrancar a éste las declaraciones que le convenían; después la ultimaron, tras de crucificarla sobre el piso, clavándole los pies y las manos. Nenov enloqueció, al obligársele a presenciar semejantes horrores; al día siguiente, también él fue fusilado. Otros jóvenes eran fusilados en presencia de los padres. Se echaba agua hirviendo en los oídos; se arrancaban los dientes y las uñas. A una mujer se le introdujo en el órgano sexual una lámina de hierro candente. Una máquina especial apretaba la cabeza de los detenidos, hasta que crujían los huesos del cráneo. Para que los gritos de los "interrogados" por la policía de Varna no se oyeran, se pusieron en movimiento los motores de tres automóviles...

Se podría objetar que estas crueldades son de naturaleza "política". Pero las manifestaciones sádicas son tan numerosas también en nuestros días y en otros dominios. El caso de la señora Parrollo de Nueva York, producido en 1926, colmó toda medida. En pleno día fue encerrada por unos hombres en un cuarto apenas alumbrado por un débil candil que ardía al lado de un altar, sobre el cual había un ídolo. En medio de cánticos lúgubres, su vientre fue abierto con un cuchillo; sus gritos llamaron la atención de los vecinos, y dos de los "asistentes" fueron aprehendidos. Se ha sabido después que la mujer había caído en manos de unos blancos, fanáticos adoradores de Vodú, un dios negro, cuyo culto reclamaba que se quemara o comiera niños; a falta de éstos, buenas eran también las mujeres...

Semejantes ejemplos podrían ser multiplicados. Los expuestos son suficientes para permitirnos formular una conclusión en lo que se refiere al oprobio arrojado contra De Sade: se le culpa por el hecho de haber mostrado a la humanidad tal como ella es, oculta tras el barniz de la civilización. Cuando los hombres puedan satisfacer libremente sus deseos, cuando practiquen la así llamada "camaradería amorosa", el sadismo no será más que

un fenómeno patológico, un recuerdo de los malos tiempos, cuando los hombres estaban “perfeccionados” por privaciones y abstinencias, por el renunciamiento y el ascetismo, por la inhibición del deseo. Todo esto, como reacción, ha provocado la horrorosa criminalidad erótica, mística o política.

*El caballero D'Eon. La “amistad amorosa”.
Los afrodisíacos, los cosméticos, etc.*

Volviendo al siglo XVIII encontramos, entre las más curiosas figuras, al caballero D'Eon, cuyo busto se encontraba en el santuario de la secta “Anandryne”. Las adeptas de esta secta tenían que renunciar a cualquier relación corporal con varones y no delatar lo que ocurría en las asambleas-orgías, donde la flagelación desempeñaba un papel importante. Las socias procedían naturalmente de la alta nobleza, no faltando tampoco las actrices. El caballero D'Eon, quien se llamaba la *Señorita Eon*, había llegado, merced a sus esfuerzos y talento, a ser doctor en derecho y fue enviado por Luis XV como agente secreto en San Petersburgo. En la guerra de los siete años ocupó el cargo de capitán de dragones. Ha sabido explotar bien los documentos que tenía en su poder, estando dispuesto a entregarlos al gobierno británico; pero Luis XVI los obtuvo a cambio de condecoraciones y una gran suma de dinero destinada a la compra de lencerías y polleas. D'Eon reconoció que era mujer; pero algunos memorialistas lo creían hombre y otros hermafrodita. De todo modo, necesitó de una gran habilidad para desempeñar su papel durante 40 años, sin dejarse arrancar el secreto, mistificando a sus contemporáneos, especialmente a las mujeres, a las cuales se dirigió de esta manera: “Mujeres, admitidme entre vosotras; soy digno de vosotras”...

En las *Memorias secretas*, aparecidas en 1771 y atribuidas a un consejero del Parlamento francés, se encuentran, entre otras cosas, los estatutos de una logia erótica: “l'Amitié amoureuse”. Las hermanas y hermanos de esta logia entendían por “amistad amorosa” buscar las alegrías, los placeres y las voluptuosidades de cualquier manera entre amigos de ambos sexos, debiendo cada

uno actuar de acuerdo con su capacidad, y nadie tenía que rehusarse, salvo en los casos de enfermedad o de fuerza mayor. Los estatutos establecen en todos sus detalles cómo debe funcionar semejante logia.

Los afrodisíacos y los cosméticos eran muy buscados en el siglo XVIII. Las cantáridas, "remedio" peligroso, eran usadas en vasta escala. Sus efectos son desde hace mucho conocidos. Lucrecio, el poeta latino, habría fallecido a causa de las mismas. En la época del Renacimiento, Catalina de Médicis las había introducido en Francia. La Corte de Enrique III y de Carlos IX hizo abuso de las cantáridas; el cirujano Paré registró frecuentemente casos fatales por causa de esos afrodisíacos. En el siglo XVIII ellos fueron de nuevo puestos de moda por el duque de Richelieu; su uso, en forma de bombones, era corriente bajo Luis XV. "Las tabletas secretas de magnanimidad" de la señora Du Barry, el "polvo del placer", las "pastillas del serrallo", contenían probablemente también cantáridas.

Las depilaciones estaban de moda no solamente para las mujeres, sino también para los hombres. Muy buscada era la pomada depilatoria "Rusma", desde hace tiempo conocida en el Oriente. Eran numerosos los cosméticos y afeites en ese tiempo. Los baños hicieron grandes progresos. Una curiosidad del siglo XVIII era también la "falsa virginidad". Este "arte" es ya bastante viejo. El médico árabe Avicena del siglo XI, Mondeville del siglo XIII, el cabalista Cornelis Agrippa del siglo XVI, indicaron diversas fórmulas. Algunas eran muy simples: vejiga de pescado llenada con sangre, lavajes con jugo de "salsifí de España", "agua virginal", etc. De Sade indicó una pomada con extracto de mirto: la heroína se untaba con ella durante nueve días para llegar a ser virgen al décimo (*Juliette*, I, 179).

El temor a la sífilis era grande en el siglo XVIII, en Francia. Los remedios antivenéreos dieron mucho que hacer a los extorsionistas y charlatanes. Muy famoso fue el "específico del Dr. Prével", quien se ocupó durante veinte años de la terapia del mal sífilítico. El Dr. Prével pretendía haber curado más de ocho mil personas con este "remedio infalible". La verdad es que él ha confundido a los "jóvenes desenfrenados de la vieja Corte" (cf.

Parent-Duchâtelet). Colmado de honores, el Dr. Préval fue obligado a hacer experiencia en carne propia con su remedio, ante los mismos nobles. Después de una "prueba" realizada con una muchacha enferma, permaneció inmune, lo que no impidió que fuera borrado, en 1722, de la lista de miembros de la Facultad de Medicina. Es significativo el siguiente pasaje del informe de esa Facultad: "Sabemos, o por lo menos creemos, que un preservativo contra la enfermedad en cuestión produciría un desorden, cuyas consecuencias sufrirían la población, el buen orden social y, podríamos agregar, la pureza de las costumbres."

El preservativo principal contra las enfermedades venéreas es el llamado "condón", inventado por el doctor Conton de Londres. En el siglo XVIII no eran ignoradas las imitaciones del órgano masculino, los penes artificiales, llamados en Francia "pommes d'amour" o "bijoux indiscrets" y, en Alemania, "Jean de velours". Los europeos los encontraron también en China, lo que indica que no hay nada nuevo bajo el sol.

La literatura erótica en el siglo XVIII.

Rétif de la Bretonne

Es incontestable que De Sade ha sido el maestro de la literatura erótica del siglo XVIII. Pero no fue el único. La literatura erótica en este siglo de los enciclopedistas —siglo amable, galante, licencioso— era rica, especialmente entre 1770-1800. El culto al cuerpo se encontraba entonces en su apogeo y fue necesaria la dictadura napoleónica para poner fin al intelectualismo erótico y, al mismo tiempo, a las libres discusiones acerca de la forma del Estado. La literatura erótica del siglo XVIII ha sido también antirreligiosa y con un rasgo más bien filosófico que científico. A la sazón dominaba la influencia de Voltaire, Rousseau, Diderot, d'Alembert, Raynal. Más tarde, la influencia de Darwin, Haeckel, Broca, Berthelot, Le Dantec, Pasteur y otros biólogos o técnicos cambiaron la concepción acerca del mundo y, con la ayuda de la electricidad, la superficie de la tierra. El "apetito de placer", en el siglo XX, no tiene más el aspecto amable y florido de fines del siglo XVIII que supo llevar bien la máscara.

Los grandes enciclopedistas: Voltaire, Rousseau, Diderot, Montesquieu, no tenían vergüenza de "sacrificarse", tal como escribe Julio Janin. El creador de la literatura lasciva (de segundo orden) es Crébillon hijo (*La Sopha, L'Ecumoire, Zoé Kinizal, rey de los Cofirones*, 1746, que no sería otra cosa que la historia de la vida sexual de Luis XV). P. J. Bernard editó en 1761 una traducción bastante grosera del *Arte de amar* de Ovidio. El arqueólogo P. Caylus compuso numerosas novelas lascivas. A Mirabeau se le debe *Le rideau levé* y *L'Education de Laure* (que parece haber servido a De Sade para algunos de sus escritos) y *Le Libertin de Qualité. Erotika Biblion* (Roma, 1783) es una recopilación de documentos relacionados con la erotología, de dudoso valor. Denis Diderot, entre otros libros escribió *Les bijoux indiscrets, La Religieuse* (1776), cuya heroína, una priora sáfica, sería hija del Regente. Choderlos de Laclos publicó en 1782 sus célebres *Liaisons dangereuses*, literatura "peligrosa" pero buena. *Los Incas* de Marmontel determinó muchas otras descripciones de las costumbres de los clérigos. También mencionamos *El portero de Chartreux*, atribuido ora a De Sade, ora a Sénac de Meilhan, quien es también el autor de un libro: *La F...manie* (editado en... Sardanópolis, 1775, por cuenta de los aficionados) y que comprende poemas consagrados a la "viuela". Algunas cartas de Diderot dirigidas a Catalina II demuestran que el gran filósofo no conservaba ninguna reserva acerca de la zarina; esas cartas desengañarían a los que tienen un juicio muy elevado de la moralidad personal de los enciclopedistas. En una de esas cartas decía Diderot a la zarina: "Cuando éramos jóvenes íbamos algunas veces al prostíbulo Montesquieu, Buffon, el presidente De Brosse y yo"... Y sigue después un cuento bastante picante relativo a De Brosse.

Todos estos escritores son superados, en el dominio especial de la literatura erótica, por Rétif de la Bretonne, adversario de De Sade. Rétif fue un plebeyo, aprendiz tipógrafo (algunos de sus escritos fueron impresos por él mismo). Amó a las mujeres por ellas mismas, con entusiasmo, locamente, mientras que De Sade las frecuentó "al paso". Sus libros tienen carácter autobiográfico; para cada uno necesitaba un nuevo modelo, un nuevo

amor; prefería la ternura, la seducción y, para dorar la píldora, se valía de la moral. Rétif era considerado como un Voltaire de los bajos fondos, como un Rousseau de los mercados. Sus conquistas eran más numerosas entre las muchachas del pueblo. No obstante, cuando fue invitado a una cena en la "alta sociedad" se mostró como un narrador entretenido, un utopista a veces temerario, un encantador convidado y muy cortés con "el bello sexo".

Rétif escribió 300 volúmenes. Algunos lo consideran un escritor genial, aunque es inferior desde el punto de vista artístico. Ensayó todos los géneros literarios. Era un voluptuoso insaciable, pero también insaciable en la literatura. Sus libros se leían, pero recién al final de su carrera fue admitido en los salones literarios. Conoció a Beaumarchais, Mirabeau, André Chénier y otros.

Rétif fue un espíritu enciclopédico, como muchos de su época: narrador, novelista erótico, memorialista, periodista y filósofo. Su obra maestra es *Monsieur Nicolás*, donde es más verídico que Rousseau en sus *Confesiones*. Algunas de sus obras más conocidas son: *El pie de Fanchette* (el autor parece haber sido un fetichista de las piernas femeninas); *El campesino y la campesina pervertidos*, en ocho volúmenes, cuyo subtítulo: *Los peligros de la ciudad* evidencia de lo que se trata; *Los Contemporáneos* o "Las aventuras de las más hermosas mujeres" de su época, en 42 volúmenes; *Noches de París*, 1788, en ocho volúmenes, le reclamaron veinte años de trabajo; deambuló por todo París para procurarse en las propias fuentes todas las informaciones; esta serie de libros constituye una mina inagotable para quien quiere conocer las costumbres populares de la víspera de la Revolución de 1789.

Aun cuando Rétif tenía horror al sadismo, escribió una novela: *Ingénue Saxancour* (3 vol.), en la cual describió las desdichas de una mujer sometida a los caprichos de un esposo voluptuoso y cruel. También publicó un libro: *L'Anti-Justine*, destinado a ser una especie de contraveneno de la novela *Justine* de De Sade. Como manual de erotismo, *L'Anti-Justine* está bien logrado. Pretendía convencer a los maridos disgustados o agotados que debían volver a las mujeres que saben amar.

Pero Rétif era también filósofo, utopista, reformador, tal como lo corroboran los títulos de otros libros: *Le Pornographe* o "Las ideas de un hombre honrado acerca del proyecto de un reglamento para las prostitutas" (1770). *Le Mimographe*, las ideas de una mujer para la reforma del teatro nacional. *Le Gynographe*, las ideas de dos mujeres para brindarles a las mujeres el lugar que les corresponde y para la felicidad de ambos sexos. *L'Andographe* (1782) comprende las ideas de un hombre para un proyecto de reglamento presentado a todas las naciones europeas y destinado a "determinar una reforma general de las costumbres y, por ello, asegurar la felicidad del género humano".

Le Pornographe tuvo éxito europeo. Rétif conocía muy bien el mundo complejo de la prostitución. Creía que, en los grandes centros, era necesario que ciertas mujeres se entregasen (o ser consagradas) a la prostitución, con el fin de conservar la moral de las restantes; semejantes centros existían ya en India y Grecia. Fourier volvió a tomar esta idea ("la bayadera sagrada", por ejemplo). Rétif reconocía que la mujer inconstante, "ligera de juicio", es indispensable en determinadas organizaciones sociales, pero pedía que se dieran todas las posibilidades a las que querían entrar en el "orden general", en la sociedad ordenada. Describió en todos los detalles los edificios donde tendrían que vivir las mujeres públicas, a las cuales dividía en diversas clases, de acuerdo con su respectivo encanto o precio. También De Sade ideó el proyecto de semejante lupanar, pero sin olvidar las "cámaras de tortura", debiendo cada una servir a un género especial. ¡Naturalmente que también esbozó el cementerio para las víctimas de esas orgías! La diferencia es evidente entre esos dos escritores.

José II, de Austria, que deseaba ser un monarca filósofo, intentó aplicar los reglamentos propuestos por Rétif. Le envió a éste un diploma de barón y una tabaquera adornada con su retrato. Rétif conservó el retrato, pero devolvió el diploma de barón. Sus ideas debieran ser analizadas más de cerca. No despreciaba a las ramerías, pero buscaba con insistencia un remedio a la corrupción, el que creía encontrar en la vida campestre y en el trabajo agrícola. En lo que concierne a las artes, a los espectáculos, creía que las escenas amorosas debían desarrollarse

en el teatro de un modo realista ¡por parte de los verdaderos amantes en víspera de su boda!

El comunismo filantrópico de Rétif estaba atemperado con la admisión parcial de la posesión personal. Creía que un monarca benevolente podría realizar el comunismo estatal, tal como un buen policía puede reformar las costumbres. Era más bien estatista que republicano. Repelía la violencia revolucionaria, aunque se puso a veces en contacto con los revolucionarios, especialmente con Baboeuf. Pero los revolucionarios franceses ignoraban sus utopías filantrópicas, queriendo establecer formas políticas copiadas de Grecia y Roma. Los ahorros del autor de *Monsieur Nicolás* fueron tragados por los "asignados" (una especie de inflación monetaria). Rétif de la Bretonne llegó a ser tan pobre que por falta de combustible escribía en la cama, tapándose la cabeza con los calzoncillos. Falleció en París en 1806.

El "Affaire del Collar". Los Aventureros

En el siglo XVIII la "élite" intelectual, los altos dignatarios y funcionarios no creían más en las virtudes morales sobre las que reposaba la civilización de entonces. Los pequeños burgueses y el pueblo aún creían en ellas. El sistema de estas dos morales contribuyó al advenimiento de la Revolución francesa, mucho más tal vez que las reivindicaciones sociales y políticas. Si bajo Luis XIV nadie pensaba aún en el "despotismo ilustrado", bajo Luis XVI la pequeña burguesía y el pueblo no podían admitir que la especulación y la corrupción se manifestasen abiertamente hasta en las esferas del trono.

La opinión pública estaba revuelta por los "asuntos misteriosos", como el del collar. Creía el cardenal Luis de Rohan que la reina María Antonieta le acordaría sus favores si le obsequiara un collar que su esposo no podía ofrecerle por haber sido saqueado el tesoro público. El pueblo no amaba a la soberana; él reclamaba que una esposa, aun como reina, debía consagrarse únicamente al esposo y a la familia. El "affaire" del collar no está bien esclarecido ni hoy día. La reina tenía enemigos también en la familia real. Parece que hay aquí una confusión: una actriz,

Oliva, que en su vestimenta se parecía a María Antonieta, tuvo un encuentro en la sombra de la noche, disfrazada, con el cardenal de Rohan. Ella le entregó una rosa y una tabaquera de oro. Este "affaire" adquirió rápidamente un carácter político. La señora de Lamotte, acusada conjuntamente con su esposo de haber robado y vendido el collar, fue azotada con varillas, marcada con hierro candente y encerrada en un hospicio. Logró evadirse (ni ella misma sabía con la ayuda de quién), refugiándose en Inglaterra, donde escribió sus memorias; seguramente que la corte francesa tampoco fue tratada con miramientos.

En *Les amours de Charlot y de Toinette*, la reina es descrita como manceba de su cuñado, el futuro Carlos X, y hasta como una verdadera Mesalina, siendo impotente el monarca (cf. "Los furores uterinos de María Antonieta, esposa de Luis XVI"). La reina estaba rodeada de numerosas amigas, no todas discretas. El conde sueco Axel Fersen la adoraba y la ayudó en los momentos más difíciles. María Antonieta pagó en el patíbulo su vida lujosa, sus intimidades en el palacio de Trianón, sus muy caros placeres. Su débil esposo, que cedió ante la voluntad popular, evitando derramamientos de sangre, también fue decapitado.

Alrededor de la corte gravitaban algunos personajes curiosos y enigmáticos, como José Bálsamo, conocido con el nombre de Cagliostro. Alejandro Dumas convirtió a éste en el héroe de una novela. Se ocupaba de la medicina secreta, de la alquimia y de la francmasonería; profetizaba, valiéndose de garrafos y de jóvenes doncellas. Implicado en el asunto del collar, fue expulsado. En Roma, la Inquisición lo condenó a muerte por hereje. Cagliostro pretendía ser discípulo del conde de Saint-Germain, posiblemente de origen real, quien tuvo un prodigioso éxito en la Corte aun en el tiempo de la Pompadour. Ocultista, hermetista, este conde afirmaba que vivió numerosas existencias, y hablaba de la crucifixión de Jesús, de Francisco I, de Enrique IV con tanta seguridad y con tantos detalles, que sus oyentes estaban dispuestos a creerlo. Cuando preguntó a su lacayo si recordaba la noche cuando fue crucificado Jesús, aquél le contestó modestamente:

—El señor se olvida que estoy a su servicio hace apenas unos 1,500 años...

Se atribuye, sin embargo, al conde de Saint-Germain una longevidad extraordinaria. Los que en su tiempo se ocupaban de la "prolongación de la vida", con el "rejuvenecimiento de las células" (cuestiones con que, en nuestros días, nos familiarizaron Steinach, Voronoff), eran tratados por la ciencia oficial como aventureros.

Casanova de Seingalt llevó una de las vidas más aventureras. Conoció a Rousseau, Voltaire, Federico el Grande, Catalina II, Luis XV. También estuvo en prisiones; su evasión de las "Plomerías" de Venecia lo ha hecho célebre. Describió en sus memorias sus muchísimos amores, dejando un documento precioso acerca de las costumbres de su época; los personajes históricos que puso en escena son verídicamente descritos. Una de las más curiosas aventuras de Casanova es la que se relaciona con la hermana de la actriz O'Morphy, dotada de una belleza excepcional. Fue su manceba. Quiso tenerla también en pintura; un pintor alemán le inmortalizó la desnudez en una pose "divina". Una copia de este cuadro le fue enseñada al monarca, y éste quiso convenirse si el original era tan bello como la copia. Casanova, de esta manera, fue obligado a ceder su manceba al rey, quien la instaló en el Parque de los Ciervos, tras de haber entregado a la actriz mil luises de oro. Casanova se consoló rápidamente con una monja de Aix, la que fue pintada para él en la misma pose "divina".

La Revolución Francesa. Théroigne de Méricourt

Algunos autores creen que la Revolución Francesa era una época de costumbres desenfundadas. Es necesario establecer tres períodos: 1) de 1789 hasta la Convención; 2) desde la Convención hasta Thermidor; 3) de éste hasta el advenimiento de Napoleón I. El movimiento revolucionario intentó convertir a París en una capital espartana. "Las mujeres mundanas" eran ahuyentadas de las calles y plazas. El 13 de septiembre de 1793, un grupo de mujeres pidió a la Convención que todas las prostitutas fueran presas. Uno de los oradores pidió que las mismas fueran deportadas. Otras mujeres propusieron que las señoras de la "alta so-

ciudad" consideradas como monarquistas, aunque muchas de ellas, al principio de la Revolución, ofrecieron sus ahorros, fueran internadas en Casas Nacionales para que pudieran enmendarse y ser devueltas a las buenas costumbres mediante "lecturas patrióticas". Algunas de ellas: Catalina Halbourg, Sainte-Amaranthe, fueron ejecutadas por orden de Fouquier-Tinville. Cuando también Robespierre murió en el patíbulo, las costumbres habían cambiado un poco, lo que evidencia que la virtud revolucionaria estaba en función del temor provocado por el terror.

Una figura interesante del período revolucionario es la de Théroigne de Méricourt, una belga que abandonó a su familia a los 17 años de edad. Ella ha sido glorificada por el poeta Lamartine y puede ser considerada como precursora del feminismo. Habría sido primeramente la manceba del príncipe de Gales, quien la hizo condesa; pero al regresar de Inglaterra a París, su salón fue frecuentado por los revolucionarios: Sieyés, Dantón, Mirabeau, Camilo Desmoulins. El 12 de julio de 1789, cuando un grupo de ciudadanos encabezados por Maillard decidió vengar la hecatombe de Las Tullerías, ella dio dinero para comprar armas. Siguió a Maillard, llevando con él vida común y también con Juana Leduc. Al caer la Bastilla, plantó la bandera de la Revolución en una de las torres de la vieja fortaleza. De esta suerte llegó a ser la Amazona de la Libertad, armada de sable y pistola, tomando parte en todas las refriegas. Integró el cortejo que volvió a traer al rey a París, habiéndose encaramado en un carro cargado de trigo. De vez en cuando volvía a su salón, practicando la "camaradería amorosa" con los revolucionarios. Fue luego exiliada por haber intentado matar a Lafayette; al ser arrestada en Austria, el emperador la puso en libertad después de una entrevista con ella. Al regresar a París, su popularidad prosperó. Después de una serie de hazañas, algunas de mucha crueldad, siempre al lado de Maillard y Juana Leduc, Théroigne llegó a ser moderada cuando triunfaron los Montañeses. Su influencia decayó. Un día, azotada por las terribles "tricotesas" sobre la terraza de Feuillantes, parece que enloqueció bruscamente. Falleció en el hospicio Salpêtrière, en 1817.

Después del Thermidor, las costumbres se relajaron. Las ropas de las “diosas de la Razón” llegaron a ser cada vez más transparentes; el pecho y los brazos estaban en descubierto. Llegó después el turno a las piernas. Los tobillos eran adornados con correas y anillos de oro y costosas piedras. Las Terpsícoras se paseaban en los jardines públicos con las piernas y caderas desnudas. Algunas veces las prendas de vestir eran tan transparentes que se veía todo. Esas polleras “à la grecque” fueron lanzadas en París por Teresa Cabarrus, la concubina de Tallien. Las bellezas “desnudas” se veían en Tívoli, en Campos Elíseos, apenas envueltas en “tules”. En el teatro de la Revolución, en una pieza: *La libertad de la mujer*, el héroe, esposo de ideas avanzadas, decía: “Es conveniente que también otros dichosos conozcan los encantos de mi mujer”... Los jardines y las galerías estaban repletos de muchachos y muchachas casi desnudas e impúdicas. Los “clubes pornológicos” se reabrieron y en los bailes solamente se cubría el rostro. Diariamente se daban centenares de bailes de las prostitutas, cuyo número en París, con una población de 600,000 almas, sumaba 20,000 en el año 1770. En 1800 ellas ascendían hasta 30,000. Las consecuencias de esta depravación de las costumbres —tal como se quejaba a la sazón el comisario Dupin— son “incalculables para las generaciones venideras: el amor sodomita y el sáfico se exhiben con la misma desvergüenza que la prostitución”.